

Trabajo

El trabajo es la vida misma; la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas.

Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse a los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal a que venimos todos a traer nuestra piedra.

¿El universo, no es un inmenso taller en que jamás se huelga, en que los infinitamente pequeños hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra, sin descanso, desde los simples fermentos, hasta las criaturas más perfectas?

Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques en su pausado crecimiento, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno a otro

continente, trabajan; los mundos que son llevados por el ritmo de la gravitación, a través de lo infinito, trabajan.

No hay un ser, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad: todo va arrastrado, atacado a su tarea, obligado a poner su parte en el común empeño.

Quien quiera que no trabaja, desaparece por eso mismo, rechazado, como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable.

Tal es la única ley de la vida; que no es, en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad, el dios de todas las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

EMILIO ZOLA

La mujer y la opinionian

Un hombre debe desafiar la opinión.
Una mujer debe someterse a ella.

SAINTE VEUVÉ

Es una hermosa frase desde el punto de vista literario; presenta, según conviene a la pluma masculina, al hombre como un Dios que puede permitirse todo y a la mujer como una esclava creada para la férula.

Protesto contra la fanfarronería del hombre, lo mismo que contra la pasividad de la mujer. ¿Por qué desafiar la opinión si es justa? ¿Por qué someterse a ella si es falsa?

Se debe obrar según la conciencia propia, sin distinción de sexo, y sin preocuparse de ese dios feroz y tiránico denominado "el qué dirán". Hasta diré que si alguien tiene el derecho de

desafiar la opinión, somos las mujeres, que le debemos una gran parte de la tiranía que sufrimos y de la que somos nosotras mismas las autoras por el culto insensato que rendimos a ese ídolo grotesco.

Para derribar la divinidad monstruosa, comencemos por no dirigir a otro los juicios inconsiderados que tanto nos hacen sufrir cuando se dirigen contra nosotras. Ya habremos hecho mucho cuando podamos pasar dos horas entre mujeres sin destruir media docena de reputaciones; y en cuanto a lo que nos concierne, la única continencia que nos conviene enfrente de la opinión, es adoptar esta divisa: "Hacer bien y dejar decir".

JUANA LONGFIER

Las corridas de toros

Las corridas de toros son un vicio de nuestra sangre, envenenada desde muy antiguo. Quizá hayan sido muy convenientes, o lo sean todavía, como

derivativo atenuante de mayores ferocidades. Si no se tostara a los toros en las plazas, tal vez tostaríamos herejes en las hogueras inquisitoriales.